

SAN MARCOS, MIGUEL MATICORENA Y MI GENERACIÓN

Mag. Maribel Arrelucea Barrantes

El día que velamos al profesor Miguel Maticorena en la Casona de San Marcos estuvimos presentes los que fuimos sus últimos alumnos, todos los que estudiamos entre los años 80 y 90. Fuimos los que vivimos el caos y desgobierno. Varios de nosotros compartimos carpeta con senderistas, emerretistas y agentes encubiertos de la policía. Además sufrimos la prolongada crisis de la Escuela de Historia, la ausencia e indiferencia de algunos profesores y las innumerables huelgas. Mi generación vivió una década frustrante pero tuvimos algunos profesores con actitud constructiva y solidaria para formarnos como historiadores. Maticorena fue nuestro profesor en 1990 y ya era una leyenda por haber trabajado en el Archivo General de Indias de Sevilla por muchos años. También era conocido por su escasa responsabilidad como docente, nos advirtieron que no entregaba silabus, tampoco tomaba exámenes y era un empedernido impuntual. Todo fue cierto. Sin embargo sus alumnos recordaremos siempre sus clases de la cátedra Historia de San Marcos, donde acuñó el término «sanmarquinidad». Todos aprendimos que el escudo de San Marcos es parlante, identificamos al evangelista Marcos, la lima y la frase «Plus Ultra», descubriendo los enigmas de la heráldica. También memorizamos los nombres de los primeros catedráticos sanmarquinos que partieron a fundar otras universidades latinoamericanas y nos sentimos orgullosos de pertenecer a una universidad con tantos intelectuales y glorias pasadas. Nos convenció de que San Marcos es la más antigua de América, más que la de Santo Domingo.

En el trayecto al cementerio, sus ex alumnos contamos anécdotas que nos arrancaron muchas risas y lágrimas. Todos, de alguna manera,

fuimos conminados a estudiar uno de sus temas favoritos. Algunos siguieron sus consejos, leyeron los libros y documentos que les prestó y hoy en día son colonialistas, expertos en crónicas, la nación peruana, Lima, la historia de san Marcos y Garcilaso. Otros, como yo, decidimos no hacerle caso sin que el maestro se resienta, todo lo contrario, nos alentó a continuar adelante. Seguramente varios de sus ex alumnos sonreirán y recordarán sus consejos: qué documentos leer, qué tema subrayar, en qué archivo buscar. Hasta nos dictó las frases iniciales de una ponencia o artículo, feliz de ayudarnos, como un padre alentando a sus hijos a caminar por primera vez. La primera ponencia que escribí fue «Bandoleros en Piura» para el Coloquio de Historia Piura Tumbes, lo hice en su vieja máquina de escribir, en su cocina atestada de libros, en su ya mítica casa de la calle Acisclo Villarán. Las primeras líneas las escribió él, aconsejándome que un historiador debe concentrar la atención de su lector tal como lo hace un escritor, desde las primeras líneas. Todavía conservo amorosamente ese manuscrito. Mucho después, cuando le llevé mi primer artículo impreso, sonrió, feliz y orgulloso; sé que mostró a todo el que pudo la *Revista del Archivo General de la Nación* (1996). De igual modo, se alegró con cada pequeño éxito de todos nosotros. A todos nos llamó historiadores siendo apenas estudiantes, incentivándonos y alentándonos, valorando cada avance; por más modesto o limitado que sea siempre decía «¡Excelente, excelente!».

Nos sorprendía con preguntas para iniciarnos o centrarnos en un tema. Un día me preguntó si sabía la diferencia entre robo y hurto. Me dio miedo responder que para mí era lo mismo. Entonces, el profesor me dijo que vaya a su casa para leer el *Diccionario de Autoridades*. Así fue como llegué a su casa de la calle Acisclo Villarán. Libros, periódicos, revistas y fotocopias se amontonaban en desorden. Luego, a medida que el visitante se acostumbraba, surgían sillones debajo de los periódicos amarillos, libros que solo veíamos en la Sala de Investigaciones de la Biblioteca Nacional, novelas autografiadas por autores como Mario Vargas Llosa, copias de documentos del Archivo de Indias de Sevilla. Pasé varios años leyendo en ese ambiente mágico, escuchando sus anécdotas como sus aventuras en España, las tertulias con viejos historiadores, hablaba de Raúl Porras, su maestro, más de una vez le tembló la voz recordándolo. Siempre recordaba a Ella Dunbar Temple y a su esposo el conde Radicatti, historiador italiano apasionado por los quipus. Alguna vez, más en confianza, nos comentó que dormían en camas separadas. Esas confidencias nos hacían reír a todos, y él, como un niño inocente, reía mucho, en especial con el asunto de las camas separadas. Qué más sabría. Sin embargo su vida privada y sus amores fueron casi un enigma para nosotros.

Cada vez que estuvimos solos quise preguntarle por qué no se casó, pero mientras fui su alumna nunca pude. Años después, en su oficina, sin más, empezó a hablar sobre su vida. Me dijo que tuvo dos amores pero prefirió la historia. Dijo que estaba casado con la historia. Nada más. El día de su entierro, Elena Botton recordó que Maticorena le contó que se enamoró dos veces, la primera en su juventud y después en Sevilla, pero dejó ese amor porque regresó al Perú. Nada más.

Maticorena también fue un hombre dialogante y tolerante; en la Escuela de Historia de San Marcos conversaba con todos, escuchaba a los colegas mayores y menores, a los alumnos jóvenes y novatos. Nunca rechazó a nadie por ideas políticas, dejando para otros espacios más privados sus simpatías por el Partido Aprista Peruano y su devoción católica. Que recuerde, nunca lo vi tratando de convencer a nadie; sus convicciones políticas y religiosas jamás se filtraron en las aulas. En su velorio me enteré que era devoto de la Virgen María al conversar con la señora que dirigió el rezo, descubriendo una dimensión espiritual en mi profesor nunca sospechada. Aun después de partir de este mundo no dejó de sorprenderme. Nunca utilizó sus clases como tribuna aun en la década de los ochenta, cuando todos tomaban partido por alguna opción. Polemizó con colegas y alumnos con altura, respetando todas las opiniones, incluso la de sus alumnos más jovencitos. Algunas veces lanzó alguna frase burlona en privado a sus alumnos más cercanos, a quienes los trataba como un padre autoritario y amoroso al mismo tiempo.

Su imprudencia fue célebre, arrancó muchas risas excepto a su víctima de turno. Sin embargo, generó tanto aprecio que nadie le guarda rencor. Todos fuimos conminados a dar una charla improvisada alguna vez y más de uno fue interrumpido al dar una conferencia con palabras como «Ya, está bien, ya habló bastante, ya llegó fulanito... siéntese». En cada conferencia se sentaba en la primera fila para escuchar un poco, dormir extensamente y despertar al final para felicitar al expositor diciendo: «Excelente, excelente, excelente, ¿por qué no escribe esto para publicarlo?».

La primera vez que hablé en público fue a empujones de Maticorena. Un día fui a uno de los Coloquios de Lima para escuchar a un amigo, al traspasar la puerta escuché con terror: «Está entrando Maribel Arrelucea, historiadora sanmarquina especialista en negros, pase adelante para que nos dé una charla». Todos se reían por la frase «especialista en negros» y por mi cara, supongo. Así era Maticorena. Quería que todos tengamos la oportunidad

de hablar en público, siempre dijo que los sanmarquinos no tenemos muchos espacios para exponer nuestras investigaciones.

Su capacidad dialogante fomentó la cercanía con los colegas de la Pontificia Universidad Católica del Perú. A diferencia de lo que ocurre hoy, para mi generación la avenida Venezuela fue una suerte de Muro de Berlín. Ningún historiador de la PUCP asistía a los eventos en San Marcos, ni citaba algo que publicaran en ese lado del Muro. Igual era en San Marcos. Una auténtica «guerra fría». Creo que la excepción fueron Alberto Flores Galindo y Manuel Burga, quienes hicieron trabajos en conjunto. Para Maticorena estas fronteras eran tonterías. Como Director de la Escuela de Historia impulsó la Semana de Historia, el Coloquio de Lima y el Coloquio de Historia Piura Tumbes invitando a los historiadores formados en la PUCP. Para mi generación fue célebre escuchar en San Marcos a María Rostworowski, Guillermo Lohmann Villena, José Antonio del Busto y Liliana Regalado, entre otros destacados profesores de la PUCP. Recuerdo que fui la encargada de recibir a varios profesores en la puerta de la avenida Universitaria y guiarlos hasta la facultad. En el camino todos mostraban curiosidad por cruzar el Muro. Solo doña María me preguntó preocupada si era verdad que los senderistas entraban a las conferencias. Dije que no con mi mejor cara para tranquilizarla.

Los Coloquios fueron una idea fabulosa del profesor Maticorena. Despertó a la Escuela de Historia de un largo letargo, permitió conocer a los historiadores de la PUCP y Villarreal y, lo que valoramos más, nos ofreció una oportunidad a los jóvenes estudiantes y egresados sanmarquinos. Todos adelantamos parte de nuestras investigaciones en los coloquios y después sustentamos tesis o publicamos artículos. Fue un semillero. A diferencia de la política sanmarquina de los últimos años, Maticorena fomentó generosamente los vínculos entre estudiantes, profesores y egresados. Es una manera de hacer escuela y dar continuidad a una tradición.

Tal vez la mayor lección que me dio mi profesor no fue de historia, sino de vida. Uno de sus ex alumnos se vio envuelto en una denuncia fiscal y casi todos condenamos el hecho. Pasado un tiempo, fui a visitar al profesor y me comentó que el citado ex alumno acababa de retirarse de su casa. Yo, algo preocupada, traté de que entendiera lo delicado de la situación. Su respuesta me impactó notablemente: «Todos lo condenan. Es una persona en desgracia y es nuestro deber ayudarlo, si es culpable o no, solo él lo sabe y reflexionará. Tú también debes ayudarlo, no podemos mirar como cae, no es de cristianos».

Así fue mi profesor, cristiano, solidario, dialogante, generoso, imprudente, algo irreverente y pícaro. Con todo, también tuvimos diferencias serias, pero no fui capaz de polemizar con él, solo me aparté un poco.

En los últimos años apenas lo visité en su casa, al enterarme del accidente fui a visitarlo al hospital Guillermo Almenara. Fue desgarrador verlo tan quebrado en esos últimos tiempos; fui con Jesús Cosamalón a su último cumpleaños. La última vez que lo vi en el hospital de Santa Anita lo abracé, acaricié su cabecita y le di muchos besos. Me reprochó mi ausencia y a continuación me preguntó por el libro que estoy escribiendo; prometió leerlo. Me dijo: «Sabes que no volveré a caminar. Así no se puede vivir». Asentí en silencio. Pasó el médico y me dijo que me daría el reporte del día; pensó que era su hija. Realmente lo soy. Como un padre, Maticorena me dio su tiempo y sus consejos, me acompañó lealmente buena parte de mi vida, estuvo conmigo cuando dejé de ser una adolescente para dar mis primeros pasos como adulta. Pero no fui la única afortunada, es el padre de toda mi generación. Por eso lloramos en su velorio y ante su tumba. Por eso me despedí diciéndole «Gracias querido profesor, porque en una época de egoísmos tú nos diste todo».